

Cuando Comonfort recibió los emisarios de Haro y Tamariz, contestó que no trataba con ese hombre.

Entonces Haro renunció al mando y la capitulación fué firmada por los generales Almazán, Ormachea y Andrade.

Comonfort se resistía; pero habiendo llegado unos morteros de Veracruz, se esparció la noticia de que la ciudad iba a ser bombardeada, y el obispo y los vicecónsules de España y Francia se empeñaron en que cesara la contienda, y el día 21 de marzo, en la noche, quedaron firmados los ajustes y entregada la plaza al general Comonfort, Presidente de la República.

CAPITULO IX

DUELOS Y QUEBRANTOS

I

La derrota de los reaccionarios el 8 de marzo, fué un golpe terrible para las esperanzas del partido conservador.

La capitulación de Puebla rompía ese castillo de ilusiones que se habían forjado los enemigos de la libertad.

Estaban furiosos.

Cuando vieron en 3 de abril los grandes preparativos que se hacían para recibir al ejército victorioso y las grandes ovaciones destinadas al general Comonfort, no podían disimular su despecho.

En la casa del señor Rentería estaban dos clérigos, departiendo con la señora Pantoja.

—Pero esto es inconcebible—decía un jesuíta—; le van a recibir como a Napoleón.

—Sí—decía la Pantoja, aludiendo al cuerpo voluminoso de Comonfort—, éste es un Czar de jamón; con razón le decía una mujer a su hijo: «Mira, niño, esa cosa que llena todo ese coche, es el Gobierno».

Los clérigos se miraron.

En aquellas sátiras había un mundo de bilis reaccionaria.

—Sí—continuaba la esposa de Rentería—, ya se acabó la «democracia», queda la «leperocracia», vamos a estar en un mar de leche.

—Pero esto no puede subsistir—agregaba un clérigo—. ¿A dónde vamos a parar?... ¡Al abismo! ¡Oh! Las ideas nuevas, todas se reducen a combatirnos y aniquilarnos.

—Sí—dijo el otro clérigo—, es una guerra a muerte con la Iglesia; ya verán todos los horrores que van a hacer estos condenados.

—Afortunadamente, señor cura, no hemos pronunciado la última palabra; todavía hay hombres y católicos.

—Dios nos libre que nos faltaran; todavía se vive, se alienta, se cree, y la lucha ha de seguir indefinidamente hasta al-

canzar el triunfo; estamos en lo efímero, en lo pasajero, en lo que no vale nada.

—Es verdad—dijo el otro clérigo—; mientras más diabluras hagan, mejor; es necesario azuzarlos, empujarlos para que se derrumben; es necesario que exasperen al pueblo.

—Ya ve usted el Congreso, ya se nos vienen con la libertad de conciencia o con la tolerancia de cultos.

—¿De qué?—dijo doña Toribia.

—De cultos, señora—respondió el clérigo.

—¡Dios mío!—dijo la Pantoja—Se nos va a llenar la casa de herejes y de luteranos. Y entre paréntesis, ¿qué quiere decir «luteranos»?

—Pues luteranos—dijo el clérigo con mucha énfasis—, viene de un tal Lutero, un demonio enemigo del Sumo Pontífice, que se pronunció contra los católicos, y se salió con la suya, haciendo a los yankees protestantes.

—¡Eso, eso quieren hacer con nosotros!—gritó la Pantoja—. Luteranos y luteranitos; porque hasta los niños son partidarios de la revolución; pero nosotros sostendremos al Papa, a ése no lo tocarán.

—Pero a nosotros sí nos tocan—dijo el clérigo.

—¡Como que estos beduinos quieren un Pontífice «pinto»!—gritó doña Toribia.

—Son unos bárbaros—dijo el clérigo.

—Líbrenos Dios de hombres lisiados: ese Comonfort es picado de viruelas, está marcado con el dedo de la Providencia.

—¿Y saben ustedes, muy en reserva—dijo doña Toribia—, que Comonfort tiene el mal del «piojo»?

—Jesús nos ampare, como Sila—dijo el clérigo.

—Como cualquiera—respondió la Pantoja—; pero a nadie se lo cuentan... sino en reserva.

Efectivamente, circuló en México que el general Comonfort tenía la enfermedad del «piojo».

—Oigan ustedes las campanas, las campanas de nuestras iglesias saludando a ese monstruo.

Las campanas todas de la ciudad repicaban a vuelo.

—Y lo peor es que se va a cantar un «Te Deum», dando gracias porque han triunfado los Martínez Luteros.

—Señores—dijo la Pantoja—, tomaremos el chocolate.

—Lo tomaremos, aunque se nos indigeste—dijeron los clérigos, y se internaron en el comedor, donde los esperaba una fuente de bizcochos y grandes pocillos y vasos de leche.

Los clérigos siempre se han alimentado bien.

—¿Y qué razón me da usted de Eva?—dijo doña Toribia.

—Esta mañana estuve en el convento; la niña está brava.

—Ya se irá amansando.

—La llamaron al locutorio, bajó después de media hora y pregunté cómo estaba de salud.

—Y a usted, padre, ¿cómo le va con estas cosas?

- ¿Con cuáles, hija mía?
 —Con la derrota de los «cruzados».
 —Yo no me meto en política; que se haga la voluntad de Dios.
 —Siempre que esté de parte de los liberales.
 —Yo no entiendo de eso.
 —Pero el obispo de Puebla entiende algo y el cura de Zacapoaxtla.
 —Yo me quedé callado; le confieso a usted, señora, que me rechinaban las tripas.
 —¡Y a mí se me retuercen!—gritó la Pantoja.
 —Cuando olvide esa impresión—dijo el otro clérigo—, ya se irá domesticando—y se metió entre las quijadas medio bizcocho.
 —¡Pero esto es intolerable!—gritó doña Toribia, bebiéndose un gran vaso de leche.
 —Flaquezas de nuestros prójimos—dijo el otro clérigo, dando un sorbo de chocolate.

Seguían de una manera estruendosa los repiques y las salvas de artillería anunciando que el Presidente entraba en la capital.

Dice un contemporáneo, hablando de ese día:
 «La solemnidad que recibió el nombre de «Fiesta de la paz», tuvo el mayor lucimiento.

Abrían la comitiva las escuelas primarias sostenidas por el Ayuntamiento, por la Sociedad Lancasteriana y de Beneficencia; las niñas de las escuelas gratuitas regaban en las calles flores y coronas; en la garita de Belén recibió el Presidente la felicitación del gobernador del distrito, que le ofreció un bastón en nombre del Ayuntamiento, mientras las salvas y repiques anunciaban a la ciudad la llegada del Primer Magistrado.

Formaban el cortejo, aumentado por centenares de personas de todas clases, los colegios, las «comunidades religiosas», los Tribunales y demás corporaciones.

Entre las múltiples banderas y estandartes de todo el ejército y de la Guardia Nacional, caminaba el Presidente, a pie, rodeado de sus ministros y saludando al pueblo, que al pasar prorrumpía en entusiastas aclamaciones.»

II

Ya vimos cómo el ilustre cochero del Viático había soplado a su hija Rosa al convento, para robarla al amor descompasado de su infortunado novio.

Armando rondaba día y noche el convento, maldiciendo la altura de sus muros.

Al día siguiente, una mandadera le entregó una carta.

Rosa había comprado a la criada, poniéndose desde luego en comunicación con su amante.

Armando iba todas las mañanas que no estaba de guardia

a la misa conventual y veía allá, tras de las rejas del coro, a su prometida.

Rosa era un Satanás, voluntariosa, sin una educación esmerada, criada en la hipocresía, pero con ímpetus desesperados.

En cambio, Rosa era bonita, muy baja de cuerpo, pero airosa y con mucha gracia; morena, ojos grandes y pestañas rizadas, nariz algo remangada, boca encantadora, sus labios frescos como un clavel y una dentadura luciente y pareja, que descubría al dar paso a una risa siempre burlona.

Como la joven entró por sorpresa al convento, llegó hosca y de mal humor, apenas le habló a la abadesa, y cuando la presentaron a Sor Matiana de las Once mil Vírgenes, que era una vieja más delgada que un alambre del telégrafo, descolorida como un membrillo, con una nariz que se le enganchaba en la barba y unos ojos claros y redondos, con unas pestañas dispersas, Rosa murmuró:

—Esta no es una monja; es un perico con sueño.

Sor Matiana tenía a su cuidado a las niñas, que se burlaban de ella a toda hora.

Rosa se amistó con las más díscolas y traviesas, se agavilló con las más perdidas de la comunidad, y eso a las diez horas de estar en el convento.

El general Comonfort, siempre católico, mandó que se dijeran misas por los muertos en la campaña.

En el templo de la Concepción se dijo la misa de «Requiem»

Las niñas y las monjas estaban contritas en el coro, porque era de ritual ponerse triste cuando la Iglesia se enlutaba.

Al concluir la misa, Sor Matiana dijo a las niñas:

—Recemos un rosario por el alma...

—¡De los liberales!—gritó Rosa.

—¡No, de los reaccionarios!—gritó la hija de un coronel que había sido cadete de un cuerpo realista allá en los tiempos del virreinato.

—¡De los liberales!—gritaron varias niñas.

—¡No, de los reaccionarios!—clamaban otras.

—Salgamos de aquí—dijo Sor Matiana, y todas salieron en tumulto al corredor.

Era un ejército que iba al campo de batalla.

—¿Quién ha metido el desorden?—preguntó irritada la monja.

—Yo—gritó Rosa—; yo, que no he de rezar por los reaccionarios. ¡Me tiene sin cuidado que se condenen!

—Y yo—gritó la hija del coronel, que se llamaba Luisa—, yo me niego a dar una oración a los herejes; ojalá cargaran con ellos todos los diablos.

Las adversarias soltaron una carcajada de burla y las otras gruñían de furor.

—¡Madre Santísima!—gritó Luisa—¡Que no me burlen, porque yo no me dejo!

Otra carcajada más estrepitosa respondió al desafío de Luisa.
—¡Niñas! ¡Niñas!—gritó la monja.

Entonces Rosa, despojándose del «rebozo» que usaban las conventuales y poniéndose las manos en la cintura, se encaró con la coronela, y le dijo:

—¡Aquí en el convento, no hay más hombre que yo, y la que quiera pelear que dé un paso al frente!

—¡Aquí estoy!—gritó Luisa, y se avanzó decidida a su adversaria.

Rosa la recibió con una cachetada tan terrible, que resonó el techo.

Aquello fué un toque de ataque general en toda la línea.

El desorden era espantoso.

Las niñas se habían quitado los zapatos para armarse, otras empuñaban los rosarios y algunas se habían apoderado de las escobas.

—¡Viva el «tío Juan»!—gritó Rosa.

—¡Mueran los «pintos»!—clamaban otras.

Se arremetieron con esa fuerza que es tan osada y terrible en las mujeres, y se derribaban al suelo, donde se pateaban, se arañaban, se mordían, se pellizcaban, se desmechaban y se decían cosas que por lo menos no eran las oraciones del coro, aunque sí más enérgicas.

Seguía el revolcamiento general, que parecía no terminar nunca, porque el combate era encarnizado.

Rosa estaba descalabrada y Luisa arrojando borbotones de sangre por la nariz y por la boca.

La Madre Matiana, medio magullada, corrió a la celda de la abadesa a rendir el parte.

—Reverenda Madre, venid, venid; se acaba el convento, se están matando las niñas.

Luisa está arrojando mucha sangre.

—¿Por dónde?—preguntó la abadesa.

—Por la nariz.

—Eso es otra cosa: aquí no corre sino sangre pacífica, la de los pollos, y eso cuando no hay vigilia.

Salió la abadesa paso a paso; seguramente ya estaba acostumbrada a esos sucesos monjiles.

Llegó al campo de batalla, donde la lucha estaba más empuñada.

Sólo vió una masa informe de vestidos despedazados, de piernas desnudas, brazos que se agitaban y cabezas que se levantaban y se hundían como el oleaje de junto a las rocas.

Al entrar al campo, la alcanzó un zapato volante.

—¡«Vade rétro, Satanás»!—exclamó la abadesa, y levantando la voz, gritó con la fuerza de sus pulmones:—¡Alto! ¡Orden!

El motín cesó por encanto, todas las niñas maltrechas y descompuestas se pusieron en pie.

—¿Qué es esto?—dijo iracunda la abadesa—¿Así se profana

la casa de Dios? ¿Así se falta a la regla, con semejante escándalo?... Parecéis unos gallos. ¡Hoy ayuna todo el mundo!

—Señora, me insultaron—dijo Rosa.

—No; ella fué—gritó Luisa.

Entonces todas las niñas comenzaron a hablar a un tiempo y se formó un guirigay horroroso.

—¡Que callen!—gritó la abadesa.

Se restableció el silencio con dificultad.

—Señora—dijo Luisa—, esta niña insubordinada, ha bautizado a la Madre Matiana con el apodo de «perico con sueño».

La Madre Matiana dió un salto, como movida por una catapulta.

La abadesa se santiguó.

—Si yo dije eso, señora, fué porque Luisa dijo de su Reverencia que era el «clacuache» del convento.

La abadesa se puso lívida de cólera.

—¡Al coro todo el mundo!—gritó—¡Y a rezar un rosario y las tres horas y las letanías de los santos y el trisagio! ¡El demonio se ha metido al claustro!

Las niñas, riéndose todas, entraron en el coro.

III

—Reverenda Madre—dijo Sor Matiana—, ¡decirme a mí «perico con sueño»!

—No hagáis caso; a mí me han dicho «clacuache»; ya me la pagarán todas; al fin, un loro no es un animal dañino

—Pero esto es un desacato.

—Es necesario poner en conocimiento de S. E. I., el señor arzobispo, que ha corrido la sangre en el convento por la religión; porque, no nos hagamos ilusiones, ésta ha sido una lucha revolucionaria.

—¿Quién había de creer—dijo la Madre Matiana—que la hija de un ilustre cochero del Viático había de ser liberalota?

—Está enamorada de ese condenado militar de los herejes: la ha hechizado; la situación se ha «pintado».

—Sólo las niñas Eva y Carolina en nada se han mezclado.

—¡Hipócritas! También tienen relaciones con soldados; esos malditos han turbado la paz del convento.

Aquí está una carta—dijo la abadesa—; recogedla y dádmela.

Era una carta de Armando.

Leedla, Madre Matiana; he olvidado mis anteojos.

La Madre Matiana leyó: «Adorada Rosa: Me compadece verte en las garras de esa lechuza.»

—¡Dios mío! Esto es horrible—gritó la abadesa.

Sor Matiana continuó: «Pero yo te libraré: le voy a pegar fuego al convento.»

—Aquí hay una acción criminal. ¡Al juez, al juez!—gritó la abadesa.

Sor Matiana continuó: «Les he de arrancar el pellejo, desde el Padre capellán hasta el fraile predicador.»

—Le quieren cortar la lengua al Padrecito Taravilla, nos quieren dejar sin sermones; es necesario dar parte, pero inmediatamente.

Sor Matiana continuó: «Durante la misa piensa en mí.»

—¡Herejía mixta!—exclamó la abadesa.

Dadme la carta; voy a remitirla al arzobispado, con un oficio que vos redactaréis, Madre Matiana.

Entre tanto idos al coro, no vaya a haber otro desorden.

—Con vuestro permiso, reverenda Madre.

La monja se marchó, y cuando la puerta del coro se hubo cerrado, la abadesa soltó una estrepitosa carcajada y dijo asomando sus dientes amarillos:

—Tiene gracia, ¡perico con sueño! El nombre es tan atinado que me dan ganas de pedirle la pata y darle una sopa de chocolate.

Poco después frunció el ceño, se acordó seguramente de aquello de «clacuache», y paso a paso se dirigió a la portería.

IV

Se encaminaba Manuel a su ronda del convento, cuando apareció en la calle el señor de Rentería.

Pálido y enfermizo estaba el español, la ausencia de sus mellizas lo tenía inconsolable.

No tenía la entereza de su esposa y sufría horriblemente.

Manuel no pudo excusarse de pasar a su lado.

El señor de Rentería lo tomó por el brazo y lo hizo entrar a la portería del convento, que estaba enteramente sola.

Allá en la puerta interior de entrada, se veía entre la rendija asomar un ojo vivo y perspicaz; era el de la Madre Portería.

Luego que el español y Manuel se encontraron solos, el español se arrodilló y abrazando a Manuel de las rodillas, le dijo:

—Usted sabe dónde está mi hija; por compasión, dígamelo usted. ¡Hace dos meses que no vivo, la creo perdida, deshonorada! ¡Me han impuesto el silencio, pero no puedo, me estoy ahogando!

Prorrumpió aquel hombre en un llanto tan doloroso, que Manuel se conmovió.

—Levántese usted—le dijo—, levántese usted, yo le diré todo.

Alzóse el español, limpió su rostro anegado por las lágrimas, y dijo:

—Todo lo espero de usted, que ama a mi hija.

Debo ser leal—pensó Manuel.

—Señor de Rentería, bajo mi fe de caballero y mi lealtad de soldado, voy a decirle a usted la verdad.

—Sí—dijo el español—; la verdad entera, por cruel que sea, la quiero saber... toda entera.

—Pues bien: la señorita Carolina salió despechada por aquella espantosa humillación hecha en la persona de su novio.

—A nadie se lo he confesado—dijo Rentería—, pero mi mujer ha violentado a mi hija.

—Sí, aquél fué un arrebato injustificado.

La señorita fué llevada a una casa decente y honrada; pero allí su permanencia era momentánea. Entonces Mario pensó en un asilo que no dejara duda de su conducta y pusiera a salvo su honra y...

—Hable usted, por Dios, que me estoy muriendo.

—Pues bien; su hija de usted está aquí.

—¡Aquí! ¿Pero es verdad? ¿Pero no me engaña usted?

Manuel se acercó a la portería y llamó.

—¿Qué se ofrece, caballero?

—Diga usted a la abadesa que el señor Rentería viene a ver a sus hijas Eva y Carolina.

—¡Gracias! ¡Gracias!—decía el español estrechando las manos de Manuel.

—Ahora me voy a ver a Eva—decía el estudiante—; éste ha sido un encuentro feliz.

La abadesa bajó con las gemelas.

Luego que las niñas vieron a su padre, se echaron llorando en sus brazos; aquella escena era conmovedora.

Eva alzó la cabeza, vió a Manuel y sin pensarlo le tendió la mano, que éste estrechó con inmenso cariño.

—¿Conque aquí estáis?—decía llorando el español—¿Conque no os he perdido?

—No, no—decía Carolina, empapando en lágrimas la frente de su padre—. ¡Puras, honradas, hijas tuyas!... Te amamos más que nunca.

El español estaba loco de alegría.

—Señora—dijo Rentería a la abadesa—, guardádmelas como un tesoro, mientras arreglo con mi mujer que vuelvan a mi lado; yo no puedo vivir sin ellas; el día que se casen, yo le suplicaré a su marido que me dé un rincón en su casa, como a un limosnero, pero no me separaré nunca de ellas.

—Tienes un lugar en nuestro corazón—gritó Carolina.

El señor Rentería se puso enteramente pálido, sus ojos se cerraron y cayó azotando el suelo con su cabeza.

Las mellizas dieron un grito aterrador.

Se le había reventado la arteria del corazón.

V

El cadáver fué trasladado a la casa y la señora Pantoja sacó a sus hijas del convento para que la acompañasen.

Se depositó en un lujoso ataúd, y se tendió en la sala con sus cuatro cirios.

Aquel hombre había sido sacrificado en aras del fanatismo.

Las mellizas estaban inconsolables, sentían a su padre inmensamente, a aquel hombre honrado, trabajador y lleno de un intenso cariño para ellas.

Entró un clérigo, y al quererle hincar para decir un responso, Eva lo detuvo.

—¿Qué pasa?—dijo el clérigo.

—Que este lugar no es el de usted, aquí está la víctima, y el verdugo no puede insultarla con sus rezos.

—No comprendo, señorita.

—Pues comprenda usted que, merced a sus consejos, mi hermana Carolina ha estado a punto de perderse y que yo he sido arrastrada a un convento contra mi voluntad.

—Pero nosotros no hemos tenido la culpa, solamente hemos aconsejado en bien de la religión.

—Calle usted, por Dios—dijo Eva—, y no profane ese nombre; le han arrancado ustedes a mi padre, el gran amor de su vida, a nosotras; no han tenido compasión de sus sufrimientos ni de sus dolores. ¡Lo han asesinado!

—Señorita, Dios manda sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos.

—Se han apoderado del alma de mi madre, han introducido la discordia en la familia y las lágrimas nuestras caerán sobre sus cabezas.

—Señorita, permítame usted que rece una oración por el alma de su padre.

—No la necesita, caballero; fué virtuoso y bueno hasta su último momento.

—Pero murió sin confesión.

—¡Y qué importa cuando nunca se ha hecho el mal, cuando se muere víctima de tiranías espantosas! ¡Retírese usted, y no insulte con su presencia este cadáver!

La Pantoja, que había escuchado las últimas palabras de Eva, se presentó furiosa, sin respeto a aquel espectáculo siempre triste y solemne.

—Perdone usted a esa loca, Padre, no sabe lo que dice, está inficionada por esas ideas que nos llevan a un abismo.

—Madre—dijo Eva—, respete usted siquiera el cadáver de mi padre.

—Tú eres la que lo insultas, prohibiendo a este santo varón que ruegue a Dios por él.

Eva no respondió, pero se quedó viendo de hito en hito al clérigo.

—Seréne usted—dijo el clérigo hipócritamente—; el dolor ha perturbado a esta criatura; ya volverá en sí y se arrepentirá.

—¿Y de qué?—dijo Eva con un tono altanero—Ya estoy fatigada de oír tantas y tantas cosas; ya he perdido hasta la



—¡Si no sale usted al momento, le cruzo la cara con este cordel...!

(Pág. 118)

fe, en presencia de tantas infamias, que no quiero oír, ni ver nada de lo que ha hundido a esta casa en la desesperación y en el llanto. ¡Salga usted de aquí!

— ¡Primero yo!—gritó la Pantoja.

— No, señoras—dijo hipócritamente el clérigo—: primero y antes que todos yo; al fin, ¿de qué sirvo? Dios me oye en todas partes. Quiera el cielo que esas ideas antirreligiosas desaparezcan para bien de la salvación de las ovejas.

— Quiera el cielo que caigan esas caretas—murmuró Eva. El clérigo sacó de la pieza a la Pantoja, la hizo recoger en su pieza y acostarse, y se marchó diciendo para sí:

— ¡Qué me importan estas locas, si la vieja es mía!

VI

Mario y Manuel permanecieron toda la noche frente al balcón, haciendo la guardia al cadáver del señor Rentería.

«Juan Gallinazo» había ido en busca de sus amigos.

— ¿Cómo te va de luna de miel?—le dijo Manuel.

— Perfectamente; estoy enamorado hasta los tuétanos, de mi estanquillera; me la llevo al Sur, y si muere de una calentura... u otra cosa... ¿Pero qué diablos están haciendo aquí?

— Mira—le dijo Mario enseñándole el balcón por donde los cirios arrojaban un torrente de luz.

— ¡Hola!—dijo «Juan Gallinazo»—Allí hay un baile.

— ¡Bárbaro! Un muerto—dijo Manuel.

— ¿Y qué les importa el difunto?—preguntó Juan.

— Calla, hombre, es el señor Rentería, que murió ayer repentinamente.

— ¿El gachupín?—preguntó Juan.

— Respétalo, que está muerto—dijo Manuel.

— Hombre, si no se lo digo en la cara al difunto.

— No importa.

— ¿Y se van a pasar aquí la noche?

— Estamos velando.

— Pero no se han de morir de hambre; siempre en los velorios se cena. Improvisaremos la mesa en el poste de la esquina y allí cenaremos; voy a traer provisiones. Los duelos con pan son menos.

— No tienes remedio, «Juan Gallinazo».

— Como yo no estoy afligido, bien puedo encargarme de los comestibles.

Se marchó Juan y a la media hora vino con una cena en frío y unas botellas de vino.

Fuéronse a la esquina los amigos y cenaron a todo placer.

— ¡Bebamos a salud del muerto!—dijo Juan, y a boca de botella todos bebían.

— Más vale llegar a tiempo que ser convidado—dijo el novio de Rosa.

—A buena hora te apareces, condenado—dijo Manuel—; ya no quedan más que los huesos, único residuo del festín.

—Veremos lo que encuentro, y mientras haya coñac, todo está arreglado.

—Ya me escribió Rosa todo el accidente.

—Estamos emocionados.

—¿Ya sabrían el motín del convento?

—No, hombre; cuéntanos, cuéntanos.

Armando les refirió lo que había pasado, y todos reían a dos carrillos.

Rosa quedó lesionada, pero con el estandarte victorioso.

—¿Y no la han castigado?

—Sí, está a «pan y agua».

—¿Y a las otras?

—Nada; dicen que pelearon por la religión; pero ya Rosa me pidió un cable; esto me huele a fuga.

—Pues ya sabes—dijo «Juan Gallinazo»—: te la llevas a San Jerónimo; hará buenas migas con mi estancuillera, y que el ilustrado cochero se encargue de sus mulas y de su esposa.

—Me parece bien; aquél es el hotel de las robadas.

—Sí, de las robadas por su gusto—dijo «Juan Gallinazo».

Pasó la noche, a las seis de la mañana desfiló el cortejo mortuorio tras un magnífico carro, tirado por cuatro frisonas, rumbo al Tepeyac.

Los estudiantes se metieron en el primer coche de duelo, y así, en traje de soldados, pasaron también como dolientes.

En la noche, Manuel estaba frente al balcón.

Eva salió y le arrojó un pañuelo húmedo en llanto, que el estudiante secó con el calor de su pecho.

CAPITULO X

LA TEMPESTAD ARRECIA

I

La República estaba incendiada, el turbión revolucionario tomaba un empuje desesperado.

El Constituyente había sancionado la ley de extinción del fuero eclesiástico, y Comonfort, empujado por el esfuerzo liberal y reformista, había publicado la ley de «desamortización de bienes eclesiásticos», pensada por el inmortal Miguel Lerdo de Tejada.

Trescientos millones se pusieron en circulación, al desvincular una propiedad raíz, estancada durante tres siglos.

El arzobispo y los obispos de todas las diócesis, protestaron su inobediencia a la ley y conminaron con la excomunión mayor a los «adjudicatarios».

En el púlpito se vomitaban injurias contra el Gobierno, se

le llamaba públicamente ladrón de la Iglesia; el desbordamiento no conocía límites.

Menudeaban los pronunciamientos, que eran sofocados con bastante trabajo; vinieron complicaciones diplomáticas con España y con Inglaterra, y diariamente se registraba una dificultad seria en la política.

El Congreso recibía diariamente protestas y peticiones, firmadas por las señoras a quienes el Nigromante llamó «mujerzuelas» en la tribuna.

Hombres, mujeres, niños, todos se complicaban en aquel escándalo, encabezados por los frailes, que veían en naufragio su poder y sus intereses.

El ministro Montes salió para Roma con objeto de celebrar un «concordato», pero Pío IX publicó una Encíclica condenando la revolución, y esta circunstancia desató el torrente que todo lo arrasaba a su paso.

Comonfort perdía la serenidad y se ahogaba en el oleaje de la revolución.

II

El señor Luis Barragán, ilustre cochero del Viático y padre de Rosa, la novia de Armando, tenía los secretos de la parroquia y alquilaba, para especular, seis casas del clero.

El buen hombre, que era un hipócrita de cinco pisos, luego que se publicó la ley, se adjudicó por trasmano las seis fincas de la Iglesia.

La esposa del ilustre cochero se oponía con todas sus fuerzas.

—Pero, Luis, te vas a condenar, que te veo ardiendo en los infiernos.

—No, hija—contestaba Luis—; todavía no llega la lumbre a los aparejos.

—¿Pero no has visto lo que dice el Papa?

—Sí, pero primero veo la «papa»; peor era que uno de esos liberalejos se soplara las casas.

—El día en que lo sepa la Sagrada Mitra, te van a excomulgar.

—No tengas cuidado, la Sagrada Mitra es la primera que se ha sumido con los capitales.

—Eso es una calumnia.

—No, hija; como la Mitra tiene los libros, sabe muy bien el negocio y ya se apartó una suma regular; todos entran a la cosecha.

—Pero, hijo mío, ya no te administrarán los sacramentos.

—Pues, hija mía, se va a quedar sin sacramentos todo el clero, porque hay una de intrigas por lo bajo, que da miedo.

—La verdad, yo estoy asustada y voy a confesarme.

—No, no hagas eso, y si lo haces no vayas a decir nada: ése es pecado mío, no tuyo; mira que nos quedamos en la miseria.